

EL JUBILEO E LOS NIÑOS Y LA OBRA DEL CATECISMO.

Digno de la admiración de los Ángeles y de los hombres fue en verdad el tiempo espectáculo que ofrecieron los niños y niñas de las diversas Catequísticas de Tortosa en la procesión del santo Jubileo.

Preparados de antemano con algunas sencillas pláticas sobre lo que era el Jubileo y manera de ganarlo, vieron llenos de Júbilo llegar el día 18 de Mayo señalado para celebrar la procesión general del día visitando las iglesias señaladas. De las Catequísticas de San Antonio, San Jaime, San Pedro, San José y las foráneas de los arrabales de la Leche, Cristo y Reyes, fueron reuniéndose los niños y niñas en la iglesia del Seminario, en la que, hecha la primera visita y después de algunos cantos acompañados por el órgano, se ordenó la procesión. Rompían la marcha tres acólitos con la cruz y ciriales, luego venían los niños de las ocho Catequísticas en bien ordenadas filas acompañando diversos pendones; seguía a ellos una agraciada imagen del Niño Jesús, llevada en andas, tras la cual iba, llevando un precioso relicario, el ilustre Penitenciario de la Catedral, revestido de pluvial y asistido por diácono y subdiácono, siguiendo luego, presidiendo la procesión, el muy ilustre Vicario general acompañado de dos señores Profesores del Seminario. Las niñas de las Catequesis iban también en dos hileras acompañando hermosos pendones de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús, cerrando la marcha las profesoras y alumnas de la Escuela dominical de San Vicente de Paúl.

El número de niños y niñas que asistieron sería sobre 1.400; todos llevaban colgada del cuello una medalla, y llenaban con sus argentinas y acompasadas voces el aire con los cantos propios del Catecismo. Era un alabar a Dios verlos rezar la estación en la iglesia del Rosario y Catedral: en esta después de la estación se cantó la *Profesión de fe y la Salve* alternando con el órgano, desfilando después cada Catequística a su respectiva iglesia con sus pendones y cantando hermosas letrillas.

En los últimos días de mes de Mayo, con el fin de ganar la indulgencia del jubileo y poder presentar su corazón limpio a la santísima Virgen, se llegaron al santo sacramento de la Penitencia, y celebraron el final del mes de María con solemnísimas funciones y procesiones, en especial las Catequísticas de San Antonio y de la Sangre.

Tan hermoso espectáculo fue efecto exclusivo del Catecismo, de esta obra tan contrariada, por desgracia, por algunos que la miran con indiferencia si no llegan a mirarla con desprecio. ¡Cuán dignos de lastima son! Ignoran que Jesús fue el primer catequista y que Él cuidó de plantar este árbol santo cuando dijo a sus Apóstoles: *Id y enseñad*; y principalmente enseñad a los pequeñuelos pues a ellos estimaba con amor el más distinguido. *Dejad, decía, que vengan a mí los niños. ¡Ay del que escandalice a uno de estos pequeñuelos!* Y el Catecismo los lleva a Jesús, y el Catecismo los libera de los escándalos del mundo. ¡Cuántos sin el Catecismo, sin esta obra santa, llegarían a la edad adulta, a la vejez, sin conocer a Jesús! Atraídos por las funciones extraordinarias arriba dichas, se postró a nuestros pies para confesase un niño que lo hacía por primera vez, a la edad de doce años, y a quien tuvimos que acompañar la mano e indicarle las palabras para santiguarse. ¡Pobrecillo! no conocía aún a Jesús, ni pronunciar sabía su dulce nombre, y andaba ya a pasos de gigante hacia el infierno!

¡Pobres almas! ¿Cómo se puede mirar con indiferencia nuestra obra, que es la única que puede darle a conocer quién es Dios? Se dirá si faltamos al respeto debido a los templos, porque niños tiernos, que forman las delicias del mismo Dios y a los que acaricia con ternura María, madre dulcísima de la niñez, cantan piadosos cánticos en los intermedios del Catecismo, o recitan versos en las funciones de Navidad y de fin de Mayo. Ignoran sin duda que estos son los atractivos de la niñez; que sin los cantos el Catecismo les sería una cosa pesada y monótona, de la que huirían: ignoran que sin la esperanza del día *de los versos*, como ellos dicen, ningún aliciente tendrían para los niños las funciones que celebra el Catecismo. Mas con la esperanza de este día grande para ellos, pues a más de los versos, esperan sus premios, se les ve acudir gozosos a las funciones en las que se les instruye con pláticas familiares, puestas al alcance de los mismos, sobre alguno de los mandatos de la Iglesia, se les obliga a que acudan a purificar sus almas en la penitencia, y se les inclina a las prácticas religiosas.

Pero los que con indiferencia miran nuestra piadosa obra, escrupulosos en extremo, acusan a los niños del poco orden, silencio y compostura que guardan en el templo, olvidando que por lo común mejor se portan los niños que los de mayor edad, e ignorado aquel adagio que dicen: *Ni muchachos juiciosos, ni viejos locos, sirvieron nunca para nada*. A cada uno sólo se tiene derecho a pedir lo que puede dar, y el buen Jesús no ignora que cual las cabritillas son siempre los pequeños retozones y juguetones, como lo serían también sin duda alguna como

los de nuestras Catequísticas los niños que Jesús pedía dejasen llegar a Él, cuando los Apóstoles los separaban e impedían se llegasen a su divino Maestro por temor de que le estorbasen.

Dejen sus escrúpulos y temores los que hasta hoy han mirado con indiferencia nuestra obra; personas a quienes compete muy mucho celar los intereses de Dios, velar por el esplendor del culto católico, y quienes con el Profeta dicen: *Me devora el celo de tu casa*, la bendicen, la aprueban tienen marcadísimo interés para esta obra prospere y crezca; y saben dichas personas que en las iglesias se recitan versos, que en la iglesia se canta, que en la iglesia los niños hacen algunas de sus pequeñas travesuras propias de su edad que no se deben aprobar, pero se pueden disimular: y sepan los escrupulosos que censurando esta obra censuran en cierto modo la obra de Dios que nos dice: *Toma este niño y créalo*; censuran las obras que bendicen y fomentan ilustres, sabias y virtuosas personas, de algunos de nuestros lectores muy conocidas.

Si algo hay en el modo de plantearla que les desagrade, a pesar de estar aprobado el Reglamento por quienes se debe, entonces vengan con sus luces los que sólo saben estar cruzados de brazos contemplando tranquilos cómo la niñez, única esperanza de salvación para la Iglesia y para la sociedad, se escapa de su Dios; despierten de su sueño, abandonen su inercia, vengan, denos su mano en vez de su crítica, denos su apoyo en vez de su censura, y entonces la obra santa del Catecismo será lo que nosotros realmente queremos que sea, y que si no lo es aún, a pesar de los esfuerzos de los catequistas, que merecen las bendiciones de Dios y de toda persona sensata, es porque esta asociación, como todas las obras de Dios, tiene sobra de contradicción y falta de celosos operarios.

Tortosa debe mil gracias a la Asociación catequística. Sin ella, y es lo cierto, la mayoría de sus niños no conocerían a Dios más que para ofenderle, a la Religión para insultarla, al sacerdote para ver en él un objeto de odio o de desprecio; y hoy, gracias al bendito Jesús y a su obra la Catequística, hoy se les ve presurosos correr a besar la mano al sacerdote a quien aman; respetan la Religión, cuyas prácticas les agradan, y aman a su Dios a quien bendicen y alaban. Por el Catecismo el niño conoce a Jesús, a quien dice que tiene en su corazón, de donde nunca le dejará salir; por el Catecismo el niño ama a María, ante cuyas plantas se postran por la mañana y por la noche para rezarle tres *Ave Marías*, pidiéndole su amparo y protección; por el Catecismo el niño sabe que a su lado tiene al Ángel de su guarda, cuya ayuda implora al decirle: *Ángel mío, guárdame; de todo peligro líbrame*; por el Catecismo sabe cuán difícil es el trance de la muerte, y para entonces acostumbra a decir: *Jesús, José y María, asistidme en vida y en mi agonía*; por el Catecismo sabe el niño cuánto ofende a Dios la blasfemia, y para desagradarle, cuando la oye, se une con su Ángel de guarda y exclama: *Viva Jesús, muera el pecado*.

¡Bendita obra! ¡Ojalá la viésemos fundada en todas las poblaciones de nuestra España! Los amantes de Teresa de Jesús, a la que aman con delirio los niños del Catecismo, si otra ayuda no pueden dar a esta obra, denle sus oraciones, pidan al buen Jesús continué derramando sus bendiciones sobre ella, a fin de que vaya produciendo los saludables frutos que hasta el presente ha dado, y aun mayores. Si logramos, el apoyo de todos los que deben tener celo por los intereses de Jesús, si cesase completamente la contradicción de buenos, la más difícil de digerir, como enseña la experimentada doctora Teresa de Jesús, Tortosa, que tantos gérmenes de nueva vida lleva en su seno por la misericordias de Dios, se regenerará, y esta regeneración se deberá en gran parte a la obra del Catecismo. Lo hemos dicho mil veces y no nos cansaremos de repetirlo. Si algunos gérmenes de restauración cristiana se observan con gran contento de los buenos en nuestra querida Tortosa después de la revolución atea, son gérmenes que las oraciones de los niños y niñas de la Catequistas, cual aves tiernas e inocentes, arrancaron con sus clamores del corazón amante del Niño Jesús. ¡Ay del día que cesen estos clamores! Si no del todo, al menos con escasa abundancia dejará caer el celestial Jardínero sus granos sobre nuestra mariana y teresiana ciudad. Pan y Catecismo; mucho pan y Catecismo; sólo pan y Catecismo necesita nuestro pueblo español por ser lo que fue un día: la primera nación del orbe merced a su fe y religión.

DESDE LA SOLEDAD

Ya que no soy para aprovechar,
querría ser para sufrir.
(*Santa Teresa de Jesús, relación 2ª*).

Esta es la más alta y sublime filosofía: saber sufrir por el Amado.

Muchos se quejan que para nada valen; que para nada sirve; que ninguna habilidad tienen; que no saben para qué están en este mundo. Para una cosa todos pueden servir, y es para lo que decía de sí misma la santa Madre en su profundísima humildad: "Si no somos para aprovechar, seamos a lo menos para sufrir: y no sólo para sufrir nosotros, sino para ejercitar la paciencia de los demás."

En este mes consagrado a honrar al Corazón de Jesús, recordemos el mérito del sufrimiento, del sacrificio, y unamos todo lo que nos venga adverso a lo que por nosotros sufrió el buen Jesús.

Nadie puede vivir sin cruz en este mundo. Busca lo que quieras, huye donde quieras; en todas partes hallarás cruz.

Hubieran ganado el pleito a Dios los hombres, decía con gracia el doctor de la Iglesia san Francisco de Sales, si pudiésemos vivir sin trabajos ni dolores.

Todos tenemos algo que sufrir: de la familia o parientes, de los domésticos o extraños. Y quien no tenga que sufrir por los demás tendrán que sufrir por sí mismo, que jamás podrá abandonar sino en el sepulcro.

El llanto es la primera voz de dolor que da el hombre al saludar este mundo; y un ¡ay! angustioso es la última palabra o suspiro que da al despedirse de él.

Registremos los senos de nuestro corazón, y muchos motivos hallaremos para sufrir, y por consiguiente mucho que ofrecer al Señor.

Poco valen nuestros amores y dolores; pero presentados al Eterno Padre por su Hijo Jesucristo, siempre vivo para interpelar por nosotros, adquieren un mérito de infinito valor. No circularían en la plaza o mercado del cielo nuestros caudales o rentas, si la sangre del cordero sin mancilla no los marcara y diese valor. Así nos lo enseña la Verdad eterna por boca de nuestra seráfica Madre, según ella misma nos refiere en sus Relaciones. Dice así: "Estando una vez con esta presencia de las tres Personas, que trayo en mí alma, era con tanta luz, que no se puede dudar el estar allí Dios vivo y verdadero, y allí se me daban a entender cosas que yo no las sabré decir después. Entre ellas era cómo había la persona de el Hijo tomando carne humana y no las demás. No sabré, como digo, decir cosa de esto, que pasan algunos tan en secreto de el alma, que parece el entendimiento entiende como una persona, que durmiendo, o medio dormida le parece entiende lo que se habla. Yo estaba pensando cuán recio era el vivir, que nos privaba de no estar siempre en aquella admirable compañía y dije entre mí: Señor, dadme algún medio para que yo lleve esta vida. Díjome: - Piensa, hija cómo después de acabada, no me puedes servir en lo que agora, y come por Mí, y duerme por Mí, y todo lo que hicieres sea por Mí, como si no lo vivieses tú ya, sino Yo, que esto es lo que decía san Pablo."

Digamos, pues, al Señor con la seráfica Madre, cuando alguna pesadumbre oprima nuestra alma, y alguna amargura acibare nuestro corazón: "Señor, dadme algún medio para que yo lleve esta vida, y hagamos lo que manda el Señor; comamos por Jesús, durmamos por Jesús, y todo lo que hiciéremos y sufiéremos hagámoslo y sufrámoslo por Jesús. Unamos nuestros sufrimientos a las intenciones con que los sufrió y ofreció a su Eterno Padre el Corazón agonizante de Jesús."

¡Oh si conociésemos el valor de un acto de conformidad a la voluntad divina en tiempo de tribulación! ¡Si conociésemos lo ricos que son los trabajos de esta vida para ganar el cielo! Suspiraríamos por las penas con más ahínco y fervor que los mundanos suspiran por los deleites y riquezas del mundo. Nada hay que mejor nos descubra los quilates del verdadero amor que el sacrificio. Con ninguna cosa podemos mejor probar a Dios el amor que le profesamos que padeciendo por Él; ni puede el Señor darnos pruebas más finas de querernos bien que escogiendo para nosotros lo mismo que escogió para su Hijo unigénito, para su Madre santísima y para todos sus escogidos. "Cree, hija, decía Jesús a su regalada esposa Teresa, que a quien mi Padre más ama de mayores trabajos, y a estos corresponde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí lo tus dolores. Este es el camino de la verdad... También me dijo el

Señor que trajese mucho en la memoria las palabras que a sus Apóstoles: que no había de ser más el siervo que el señor.”

Hasta aquí la Santa de nuestro corazón. Y hasta aquí también su hijo y apasionado devoto, porque cosa mejor y más bien dicha no la podrían decir nuestros labios. Sólo añadiremos que a este ofrecimiento añadan cada día el cuarto de hora de oración cabe el Corazón agonizante de Jesús y oyendo sus latidos para merecer el cielo, como les desea.

El Solitario.

LOS SUSPICACES.

Si el amigo imprudente causa tantos estragos sin quererlo o pensarlo al menos, antes bien con la mejor buena voluntad, el suspicaz se atormenta por lo que su imaginación le hace ver y le representa, o mejor sus intenciones poco sanas por lo común le abultan, o le ofrecen totalmente cambiado.

En todas partes descubre fantasmas, planes tenebrosos, fines torcidos o contrarios a sus cálculos o pretensiones.

Andan los suspicaces a caza de duendes, y no es cosa difícil verlos cazados en las propias redes, tendidas por su refinado amor propio.

No viven un momento en paz, porque no se alimentan de la buena fe, virtudes tan esenciales, como que es la base del comercio humano.

Arguye este vicio ruindad de corazón muy profunda.

El que es malo, decía el experto san Ignacio de Loyola, fácilmente tiene a los otros por malos: a la manera que el que padece vahídos de cabeza cree que todo está en movimiento a su alrededor.

Como está su ánimo mal dispuesto, una sonrisa en los labios de uno cualquiera la cree una burla o insulto; y no obstante no era nacida de otra cosa que de la violencia que se hacía para contener un descomunal bostezo, como observa el sabio Balmes. Pero allí su suspicacia descubrió lo que nadie hubiera atinado. A tal extremo conduce una pasión no domada.

La mayor parte de las veces es prendido en sus propias redes el suspicaz, porque el Señor, que ama a los humildes y pequeñuelos, confunde a los sabios y presumidos, y los hace caer en el hoyo que prepararon a sus hermanos.

Es vicio este que no solo arguye ruindad de corazón, sino falta de caridad, que es más grave aún: porque si la caridad es la reina de las virtudes, los vicios que a ella se oponen son más bajos y detestables.

Vive de desconfianza el suspicaz: siempre temeroso, sobresaltado siempre, se desvive por no ser víctima de los que él juzga sus enemigos o adversarios.

No ha muchos días observé uno de estos fenómenos, muy comunes por desgracia en nuestros días, en que la buena fe, la sencillez y la caridad cristiana son relegadas al mundo del olvido. Unos temían a otros, y estos a los primeros, y todos se recelaban. No pudiendo condenar la obra, penetraban en lo sagrado de las intenciones, y mordiéndose mutuamente y despedazándose, se consumían sus fuerzas y se estorbaban para el bien, como dice san Pablo.

La inquietud y la envidia asomaban su rostro perturbado entre las pláticas y querellas, y el espíritu del mal cerníase sobre corazones que no fueron criados sino para la paz de Dios.

Y lo que sucede siempre: interesa el amor propio no se podía volver atrás. Hasta la mentira, la murmuración y la vil calumnia poníanse en juego para satisfacer su suspicacia. Tanta era la fuerza de una pasión desencadenada.

El espíritu jansenístico es el que combatimos, porque en el fondo hay refinado orgullo, cubierto con el manto de apariencias virtuosas.

Salga yo con la mía, triunfe lo que mi suspicacia me dice, y poco se me da que se hunda el mundo.

¡Oh! Qué bien viene aquí recordar para explicar este fenómeno, como tantos otros, lo que dice la seráfica Doctora en el libro de las Moradas: “No me admiro de lo que hace un hombre en pecado, sino de lo que no hace.”

Líbrenos el Señor, por quien es, de este vicio pésimo, y llenemos, al contrario, de su Espíritu de paz, de consuelo, de confianza y de amor. ¡Oh alma suspicaz! si pudiese llegar a comprender la paz que disfrutaban los que habitan como hermanos reunidos por los lazos de la confianza y amor, ¡cuán presto abandonarías ese campo enemigo de todo bien, y te pasarías a militar bajo la bandera de Cristo!

Ignacio de Loyola, que conocía la desgracia de estas almas, las pinta como morada en el campo de Babilonia recibiendo las inspiraciones de Satán, que dicta, como tirano, sus leyes a sus seguidores sentado en cátedra de fuego y de humo pestilencial.

Quiera el Espíritu del Señor, en cuya octava escribimos estas líneas, curar esta llaga cruel del corazón de todos los fieles, para que no haya suspicacias siniestras, sino un solo corazón y una sola alma entre los cristianos.

S.

RAMILLETE DE ESPIRITUALES FLORES

En obsequio e la seráfica Virgen y doctora Santa Teresa de Jesús.

(Continuación).

Mujer la más agradecida del mundo. Mujer animosa. (P. M. FR. Luis de León en su carta al principio de las obras de la Santa).

Mujer la más avisada de la Iglesia. (Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Cárdenas en la Censura del tomo 1 de la Avisos, por el P. Andrade).

Mujer de casta de Serafines. (D. Diego de Espinos en el prólogo a las fiestas de Salamanca a la canonización de la Santa).

Mujer conforme al Corazón de Jesucristo. (Sr. Dct. D. Francisco de Rivera en la vida de la santa, lib. 2 cap. 8, fol. 169).

Mujer de espíritu, no sólo varonil, sino gigante. (Dct. D. Matheo Lozano en la aprobación del tomo 3 de la Hist. Reform. Carm).

Mujer incomparable. (Dct. D. Matheo Lozano en la aprobación del tom. 3, Hto., fol. 185).

Mujer sólo en nombre. (Dct. D. Francisco Mirabete, Vide fiestas de Zaragoza en la beatificación, folio 7).

Mujer la más prodigiosa que aconteció a los siglos de la Iglesia. (Padre Fr. Diego Niseno (Basilio) en la aprobación al tom. 2 de la Hto. Reforma. Carm).

Mujer que ha reformado el mundo. (Gil González Dávila en su Teatro eclesiástico, tom. 1, lib. 3, cap. 9, fol. 137).

Mujer después de la santísima Virgen fue la que reparó las quiebras de la primera. (P. Rodrigo Niño, Jesuita, en los sermones del Patrocinio, fol. 9).

Mujer que se ha llevado tras sí los ojos y corazones de la Iglesia. Hito. (Gil González Dávila, tomo.1, lib. 3, cap. 9, fol. 137).

Mujer varonil. (P. Fr. Fernando Camargo, Agustino Calz., en su epit. Histor. De la Iglesia militante, clas. 16, folio 312).

Mujer más varonil que muchos grandes varones. D. Francisco de Rivera en la Vida de la Santa, folio 46).

Mujer egregia. (Ilmo. Sr. D. Juan de Rivera en carta a Clemente VIII).

Mujer fortísima. (P. Carthagena, tomo 4, lib. 17, homil. 4, cd. 396).

Mujer preclarísima. (Una Congregación de eminentísimos Cardenales, Vide Histor. Ref. Carm. Ital., tom. 1, lib. 2, f. 242).

Mujer seráfica. (Jacob. Marchant, Opusc. Pastor., opusc. 3, lect. 9, part. 3, f. 369).

Mujer singularísima. (Una Congregación de eminentísimos Cardenales, Vide Hist. Lat. Carm. Reform. Ital., tom. 1, lib. 2, fol. 242).

Mundo lleno de milagros y prodigios. (D. Jerónimo Piquert, Vide fiestas de Barcelona a la beatificación, p. 2, fol. 24).

Museo de Santos. (P. M. Fr. Aniego ruso en su panegír. Moneda nueva, fol. 17).

N.

Norte que guía al puerto de la esperanza. (D. Juan de Zamudio en el lib. de las fiestas de Valladolid en su beatificación, fol 132).

Nube fecunda y hermosa. (El Sr. Lanuza en su lib. Fundación y excelencias del convento de San José de Zaragoza Carm., p. 2, fol. 19).

Nube llena de incendios. (Fr. Juan de la Concepción en la carta pastoral de 1686, fol. 6)

O.

Observante rígida de silencio. (p. Fr. Emanuello di Gesu María, discorsi morali sopra Regola primitiva, p. 4, fol. 442).

Omnipotente. (El Ilmo. Sr. D. Fr. Diego de Yepes en la Vida de la Santa, lib. cap. 9, folio 283).

Opulentísima de dones de abidurñia intelectual. (V. P: FR. Joan. A Jesu María in praefatione mistic. Theolog).

Oráculo del cielo. (Il Sr. D. Fr. Francisco Sobrecasas en sus ideas varias, fol. 310).

Oráculo de personas graves y religiosas. (El P. Francisco de Santa María en el tomo 2 de la Hist. Del Carm. Desc., lib. 6, cap. N° 6).

Oráculo de la Sabiduría divina. (D. Francisco sobrecasa en sus ideas varias, folio 320).

Oráculo que veneraron los Pontífices y reyes. (R.P.M. Fr. Crisóstomo Enríquez en la Vida en la V. M. Ana de S. Bartolomé, lib. 2, cap. 20)

Oráculo Spíritus Sancti speciales, simul ineffabile. (D. Matías Martínez in prologo pro 2 cap. Oper. S. M. N. Ab ipso latini traduct).

Original admirable y primitivo. (Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox en su carta que antecede a las notas de las de N. S, M.).

Original primero, Original santo. (D. Luis Babia en su Histo. Pontific., p. 4, León 12, cap. 3, folio 423, 472).

Origo de foecatissimae Sanctitatis. (P. Henricus Engelgrave in Octava KKK. S. P. Ignatt. 8 folio, mihi 115).

Ornamentum eximium totius Hispaniae. (El Ilmo. D. Bernardo de Atayde, obispo e Avila, in Epistol. pastoral., ann. 1655, fol. 5).

Ornamentum pulcherrimum Ecclesiae. (P. J. Velazquez, Jesuita, lib. María Advocat., ad Not, 13, Morales, n. 3, folio. 77).

Ornata innumerabilibus ac meritis. (Congreg. Emin. D. Cardin. Ut refertum in Histor, carm. Disc. Congr. Ita. Tom. 1, lib.2, fol. 242).

Ornata spiritu prophetarum. (Emin. D. Francisco María a Monte, fol. 142, in lib. Por canoniz).

Oro de caridad. (P: M: Fr. Juan de Lezcano en la dedicatoria de su tom. 1 de oración).

Ostentum singulare divinae gratie. (P. Joseph Andreas en un lib. Que escribió sobre el derecho, núm. 297, folio 391).

Oveja en la mansedumbre. (El P. Fr. Juan de Lezcano en su lib. De oración, limosna y ayuno, tom.1).

Ovis in medio luporum, hoc est, in medio multorum contradictionum, difficultatum, periculorum. (Auctores Sacrae Rotae, relat. 20 de virtutib. B. Thres., art 7, fol. 101).

P.

Pablo enclavado en la cruz. (El P. Fr. Francisco de Santa María, Hist. Reform. Carm., tom 1, lib. 2, cap. 52, n.6)

Pablo en la virtud. Ilmo. Fr Diego de S Joseph en su lib. De conceptos espirituales, fol. 166).

DISMINUCIÓN DEL CLERO.

Tenemos a la vista un folleto de un sacerdote francés, en el que demuestra palpablemente la disminución de las vocaciones sacerdotales en Francia, y pone a la vista las consecuencias de este hecho desde el punto de vista católico.

Los datos aducidos por el autor del folleto son verdaderamente desconsoladores. Los seminarios van poco a poco quedándose vacíos; el Obispo de Nimes no tiene más que treinta y cuatro alumnos en un Seminario que contaba hace poco ochenta; en Reims, en Verdun, en Beauvais, se reproduce el mismo hecho: así no hay más que unas veinte diócesis que tengan sacerdotes bastantes, y en todas las demás faltan estos.

Dijón tiene 51 curatos vacantes y 6 vicariatos; Reims, 107 curatos y 10 vicariatos; Langres, 60 curatos y 45 vicariatos; Bayeux, 41 curato y 14 vicariatos; Beauvais, 86 curatos y 8 vicariatos; Evreux, 112 curatos y 14 vicariatos; Meaux, 29 curatos y 17 vicariatos; Soissons, 63

curatos y 29 vicariatos; Versailles, 71 curato y 7 vicariatos; Bourges, 47 curatos y 18 vicariatos. El obispo de Troyes manifestó en 1876 que en 91 parroquia de su diócesis no había Curas; de los 343 sacerdotes que le quedaban, 48 eran más que septuagenarios, 141 pasaban de los sesenta años; y como del gran Seminario de Troyes no salen más que cerca de ocho sacerdotes cada año en cambio de doce que desaparecen, puede casi preverse el momento en que la diócesis de Troyes haya perdido todo su clero.

Así dos o tres parroquias están servidas con frecuencia por un solo sacerdote, y otras que tendrían necesidad de un cura y de un vicario, no pueden obtener éste.

Claro está que la disminución de la fe es la principal causa de esta falta de clero. He aquí los datos que acerca de esto publica el citado sacerdote:

Conozco, dice, a un Obispo que al llegar a su diócesis tuvo la idea de preguntar cuántos cumplían el precepto pascual de las 4000,000 almas que estaban confiadas. Hoy, después de once meses de esfuerzo, hay 55,000.

Conozco un Cura de una ciudad que tiene 17,000 habitantes en su parroquia, de los cuales solo 3,000 cumplen con el precepto pascual. ¿Qué hacen los otros 14,000? Se tiembla a la idea de esas parroquias de París que tienen 40, 50, 60,000 habitantes, y en las que hay 8, 10, 15 sacerdotes, abrumados por el cargo de su ministerio, por el cuidado de fieles que practican la religión, y son incapaces de echar una mirada a esas multitudes inmensas que no tienen religión.

La situación no es tan triste en España, porque por lo general en los campos no ha penetrado todavía la horrible corrupción que tantos estragos causa en Francia. Pero en las grandes ciudades, si Dios no lo remedia, pronto superaremos acaso a los franceses en incredulidad y corrupción.

Respecto a la falta de clero, también ésta empieza a sentirse notablemente en muchas Diócesis de España. La mies es mucha y los operarios son pocos, cada día en menos número. Roguemos con instancia al dueño de la mies envíe multitud de celosos sacerdotes. Sobre todo las Hijas de María Inmaculada y Teresa debe tomar a pechos el rogar de continuo al sumo sacerdote Cristo Jesús que no abandone su viña por nuestros pecados de ingratitud, pues con este fin se fundó principalmente su Archicofradía, al igual que todas las obras que llevan el nombre de Teresa de Jesús, pues sabido es que ella fundó su Reforma para este fin altísimo, ya que si no hay capitanes, buenos andarán los soldados para salir a combatir al enemigo.

En este mes, pues, consagrado al Corazón de Jesús pidamos, instemos día y noche para que mire con piadosos y amorosos ojos a esas turbas hambrientas de la divina palabra, recordándoles que es piadoso y que se compadecía de las turbas que le seguían, porque no tenían pan. ¡Oh buen Jesús! apiadaos de las turbas que no tienen quién les reparta el pan de vida eterna.

C.

DOS MILAGROS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LAS HOSTIAS ENSANGRENTADAS (1859).

El lunes 8 de Febrero de 1859, a las siete y media de la mañana, celebraba el santo Sacrificio el señor Párroco de *Vrigne-aux-Bois*, diócesis de *Reims*, departamento de *Ardenes*. De repente, después de haber elevado el cáliz, salieron de la hostia, que parecía de oro, unos rayos que hirieron la vista del celebrante. Mientras que con emoción cada vez mayor consideraba este admirable prodigio, distinguió ciertas manchas que empezaban a formarse. Temiendo ser víctima de una alucinación, hizo acercarse discretamente a unos de los dos acólitos, y le preguntó qué era lo que veía en la sagrada Hostia: "Sangre", respondió el niño.

Una docena de personas, entre las cuales se hallaban dos Hermanas de san Vicente de Paúl y la institutriz de la localidad, tuvieron el privilegio de contemplar, no sin temor religioso, aquel hecho tan verdaderamente misterioso. – He aquí el resultado, según el testimonio de los asistentes: el pan del altar que se usa en aquel pueblo tiene ocho centímetros de diámetro. Es espeso y esponjoso; la marca que tiene ocho centímetros de diámetro. Es espeso y esponjoso; la marca que tiene dibujada es una cruz sencilla. En el lugar correspondiente a la inscripción o de la corona de espinas se veía una reunión de puntos ensangrentados; en el travesaño, en el lugar que debían ocupar las dos manos, dos gotas de sangre; abajo, en el lugar correspondiente a los pies, una sola gota de sangre, y como para figurar la llaga del costado de Nuestro

Señor, pero en línea recta en la cruz, otra gota de sangre. Estas dos últimas gotas eran poco mayores que las otras. Tenían casi un centímetro de diámetro, sin que su forma fuese regular. Los que llegaron al primer momento vieron salir la sangre de la Hostia como de una picadura por medio de una presión. Este primer periodo sólo duró algunos minutos. El segundo, que fue más largo, la sangre apareció de un color encendido, líquida, convexa pero inmóvil. Sucesivamente se fue aplastando, embebiéndose en la Hostia, que atravesó, y por fin se secó. Hay testigos que lo han visto en estos tres estados.

La interrupción de la Misa duró como un cuarto de hora: el sacerdote, apenas volvió en sí de su emoción, después de haberse asegurado bien de que no echaba sangre ni por las narices, ni por ninguna otra parte, continuó el santo Sacrificio. Pero al purificar el corporal observó que en el lienzo sagrado había dos manchas encarnadas que provenían evidentemente de la cruz de la Hostia. Los feligreses ausentes de la iglesia, que sentían sobremanera no haber sido testigos del fenómeno, hallaron alguna compensación considerando los vestigios que había dejado en el corporal.

Inmediatamente después de haber dejado el altar el señor Cura avisó a sus superiores eclesiásticos los hechos extraordinarios que acababan de verificarse. Su Eminencia el Cardinal Arzobispo de Reims, considerando que la pieza principal sobre la cual debía basarse la información no existía, no tuvo a bien dar curso por entonces a la causa sometida a su juicio. Mandó que se conservase el corporal en un paraje decente que no fuese el tabernáculo; y más tarde, viendo que esta conservación prolongada podía tener algunos inconvenientes, mandó que se entregase el corporal al señor Arcipreste de Sedan, y fuese lavado de la forma usada para los lienzos del altar. Esta última medida, y la malignidad de las lenguas, de la cual no se había podido escapar el señor Cura, hirieron su carácter tímido, discreto y enemigo del ruido. Y así, cuando el 29 de Abril, viernes de la octava de Pascua, se renovó en sus manos el prodigio con gran sorpresa suya, en la Misa de las siete, tomó el partido de disimular su emoción y acabar el santo Sacrificio como de ordinario. No dijo una palabra a nadie de lo que había visto. El secreto era tanto más fácil de guardar, cuanto que esta vez la Hostia ensangrentada no había dejado señal en el corporal.

El domingo del Buen Pastor, 8 de Mayo, se repitió el prodigio por tercera vez. El sacerdote siguió dominándose como la otra vez, y se preparaba a guardar el mismo silencio, cuando una circunstancia imprevista hizo inútil su discreción: un alumno del pequeño seminario de *Charleville*, de edad de diez años, que había venido a pasar algún tiempo con su familia para restablecer su salud, asistía a la Misa en una silla de coro próxima al altar. Después de alguna vacilación se resolvió a dirigirse al sacerdote y revelarle, que habiendo vuelto los ojos por un espíritu de fe y de piedad al cáliz durante la pequeña elevación, había creído ver manchas de sangre en la Hostia. El sacerdote, vencido providencialmente de este modo, le hizo comprender sin interrumpir el santo Sacrificio, que sus ojos le habían engañado. El joven divulgó este hecho, y preguntando el sacerdote, lo confirmó, añadiendo a esta revelación la del prodigio del viernes de la octava de Pascua. Algunas almas piadosas tomaron parte desde entonces en el asunto, e hicieron instancias en nombre de la voluntad divina, que parecía manifestarse tan claramente. Adhiriéndose a su deseo, el Pastor tomó la resolución, si el prodigio se repetía por cuarta vez, de guardar la Hostia milagrosa y consagrar otra para acabar el santo Sacrificio¹.

La piadosa curiosidad, sobreexcita por estas últimas circunstancias, no tardó en ser satisfecha. El tercer domingo después de Pascua, 15 de Mayo, en la Misa de las siete, como siempre llamó la atención de todos los asistentes el observar que el sacerdote parecía conmovido y tembloroso después de la elevación. Pero cuando se le vio llamar a un joven, y que éste se dirigió a la sacristía, de donde trajo otra hostia, no quedó ya duda.

Sor Angélica se acercó por sí misma al altar, y vio el milagro en su primer periodo. Sor María la siguió a poco, y después varios seglares de ambos sexos, por espacio de veinte minutos que duró la interrupción del santo Sacrificio.

El sacerdote concluyó el santo Sacrificio con la nueva hostia² la Hostia ensangrentada fue depositada respetuosamente en el tabernáculo. Al mismo tiempo se mandó un coche al señor Arcipreste de Sedan, rogándole que viniese inmediatamente, como lo verificó. Vio lo que todo el mundo había visto, y dio cuenta de ello a Su Eminencia, que envió al día siguiente des-

¹ El celebrante no debe creerse autorizado para consagrar otra hostia, ni aun en este caso. Pero si después de haber formado prudentemente su conciencia consumiese una partícula notable de la Hostia consagrada, habría satisfecho a la obligación y podría reservar la parte mayor.

² Véase la nota anterior.

de Reims un vicario y un canónigo secretario, para informar sobre el asunto y probar los hechos canónicamente.

Aquí termina nuestra narración, si se quiere más detalles, se puede consultar un librito que trata únicamente de este suceso³. Pero no podemos resignarnos a pasar en silencio otro hecho del mismo género que la humildad de un sacerdote había tenido oculto mucho tiempo, y que se ha puesto en evidencia con motivo de las maravillas que acabamos de referir.

II.

El Rdo. Cristóbal Simón, hoy párroco de *Neuville-en-Verdunois*, era antes Cura de una parroquia próxima, y encargado de ambas. El sacerdote a quien reemplazaba había muerto del cólera en 1832. La primera Comunión no se había hecho aún, y el Rdo. Simón se había consagrado al deber de preparar a los niños para este gran acto de la vida cristiana. Era el invierno de 1833, el domingo que sigue a la fiesta de la Epifanía. El señor Párroco, después de haber dicho la Misa a sus feligreses, la celebraba por segunda vez en el anejo en presencia de los niños y de los padres reunidos para aquella gran solemnidad. Había colocado setenta hostias pequeñas delante y a la izquierda del corporal, lo que prueba bien la intención formal que tenía de consagrarlas; pero, llegado a la elevación, o no pensó en ello, o no se acordó de lo que había pensado. Lo cierto es que en el momento de la Comunión, por efecto de un escrúpulo que suele ser bastante común en los sacerdotes jóvenes, le asaltó una duda y cayó en una angustia terrible al pensar que iba a dar la primera Comunión con hostias de una consagración incierta. Ya había consumido la Hostia grande, y lleno de ansiedad pensaba en celebrar otra tercera Misa, a fin de consagrar las pequeñas hostias con una intención más precisa, cuando vio dos manchas de sangre en el corporal. Esta sangre aumentó más su aflicción, porque creyendo él que procedía de la nariz, se le ocurrió en qué apuro se iba a ver para añadir una Misa a una ceremonia ya tan larga. Sacó el pañuelo, y se aseguró que no tenía mancha alguna de sangre; pero esto no consoló más que a medias su alma, llena toda de la más viva perplejidad. No trató más de investigar sobre la aparición de las gotas de sangre, y trató de purificar el corporal para llegar a la Comunión bajo la segunda especie. Las partículas desprendidas de las setenta hostias pequeñas eran muy numerosas, y el celebrante las recogió con el esmero propio de un sacerdote joven, fervoroso y tímido. ¡Cuál no fue su asombro al ver que las partículas crecían al llegar al borde de la patena, se hincharon como un grano de cebada, tomaba un color primero anaranjado y después del encarnado más completo, para abrirse en seguida y derramar una sangre viva y encendida! Calcula que la cantidad de sangre milagrosa que se reunió de este modo en medio de la patena, sería como de dos pequeñas cucharadas, y que las manchas de las gotas que se embebieron en el corporal serían unas ciento cincuenta.

El Rdo. Simón no mostró emoción alguna: su fe en la divina Eucaristía era tan grande, que esta maravilla no pudo aumentarla más: sólo infirió de ella que Nuestro Señor había querido disipar sus dudas sobre la validez de su consagración, y con el corazón penetrado de agradecimiento, distribuyó a sus niños el Pan de los Ángeles, y habiendo vertido la sangre milagrosa reunida en el fondo de la patena, en el vino consagrado del cáliz, los consumió a la vez.

En cuanto al corporal lleno de aquellas manchas sobrenaturales, le llevó a su casa y lo guardó como un recuerdo de la bondad paternal de Nuestro Señor para con su juventud sacerdotal, y no volvió casi a hablar de ello.

El corporal está desde el año de 1836 en poder del Rdo. Freschard, párroco de *Longchamps* en aquella época, y hoy de *Herbenvilla*, en la misma diócesis.

(*Lámpara del Sagrario*)

SECUENCIA

EN REPARACIÓN DE LAS INJURIAS INFERIDAS A LA SAGRADA EUCARISTIA.

Llora, Salem, y el afligido acento
Descubra de tu voz
Al mundo tu amargura y sentimiento
Por un crimen atroz.

Si amas a Cristo, en inocente lloro
Lamenta, pobre Sión,
Del hombre la maldad, y al Dios que adoro
Ofrécele expiación.

³ París: en casa de Lethielleux

No es ya dejar a Dios abandonado
Los que debes llorar,
Ni el renunciar el hombre al Pan sagrado
Que se da en el altar.

Es que el ingrato en el excelso Dueño
Renueva la Pasión,
Sacrílego enclavándole en el leño
De vil crucifixión.

Por darle la salud enamorado
Quedóse aquí Jesús;
Y paga su fineza el hombre osado
Volviéndole a la Cruz.

¡Ah! Sufrió traiciones y abandono,
negáronle sin fe,
aquí de la cabaña al regio trono
De nuevo herir se ve.

¡Aquello que piadoso instituyera
Para mostrar su amor;
Lo que el Señor para salud nos diera,
Se cambiará en rigor!

¡Oh cruel contradicción! Al sin mancilla
profana el hombre vil,
en tanto que por él la frente humilla
Jesús a oprobios mil.

El mismo es el Cordero que en el cielo
Viera san Juan reinar,
Que se dignó vivir en este suelo
En medio del altar.

Envuelto en el Empíreo en nubes clara,
Vestido está de luz;
Mas en la tierra oculto cabe el ara
En fúnebre quietud.

Los Ángeles le ensalzan cual merece
Allá en la Sión de paz;
Y el templo más grandioso aquí le ofrece
Silencio y soledad.

Los que sentís de Dios la torpe ofensa,
Su brazo detened:
¿No veis que su furor en nube intensa
El rayo va a encender?

Mansísimo Cordero, para el bueno
Reserva compasión,
Pero al malvado de delitos lleno
Castiga a proporción.

Y el ara a donde llega todo amable,
Cordero celestial,
Es de justicia inmensa, inexorable,
Tremendo tribunal.
Si su palabra os pareciere dura,
Cuando os manda gustar
De las delicias que su amor procura,

Viniendo a comulgar;

Sabed que es más terrible eternamente
El no gustar de Dios:
Sentencia contra el hijo inobediente
Fulminará el Señor.

Espera Jesucristo al convidado
Con un traje nupcial:
¿Quién al festín se acercará manchado
con la culpa mortal,

Si que cargado al punto de cadenas
No temas allí morir,
Y condenado a las eternas penas
Sin remisión sufrir?

¡Cuántos enfermos nos presenta el mundo
Viviendo allá sin Dios!

¡Cuántos bajaron de ellos al profundo,
De muerte horrenda en pos!

¿Dó vais? ¡Oh ciegos! ¿de la excelsa llama
Tan lejos dó corréis?

¿Por qué los frutos de esa vid, que inflama
Las almas, no queréis?

Divino Salvador. ¿a quién iremos
Sedientos a buscar?
Senda, vida, verdad, ¿dónde hallaremos
sino junto al altar?

No a demostrarte el corazón altivo
Venimos a tus pies;
Venimos a pedir que compasivo
La absolución nos des.

El negro ultraje que a tu amor hicieron,
A nosotros hirió;
Los pechos con horror se conmovieron
Contra el que te ofendió.

Inocente Cordero que expiando
Del mundo la maldad,
Con tu preciosa sangre vas lavando
La torpe iniquidad;

Cierra la boca del blasfemo impío,
Que se abre contra Ti,
Y sana al que con loco desvarío
Rechaza tu festín.

Haz que en temor y con temblor podamos
Servirte siempre aquí,
Y en cambio a las ofensas que lloramos
Recibe amor sin fin.

A ti, Jesús, de nuevo te ofrecemos
Llanto de compunción;
Haz que tu vista sin cesar gocemos
En la eternal Sión,

Amen.

J. Manuel de Carús.

CARTA

DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

A los Arzobispos y Obispos de las provincias eclesiásticas de Turín, Vercelli y Génova.

Venerables Hermanos:

Nos complace grandemente la solicitud pastoral con que habéis tomado enérgicamente la defensa del matrimonio cristiano, amenazado de un nuevo ultraje con la promulgación de una ley penal contra la celebración religiosa del mismo. Recordamos que vosotros mismos, y en general todo el Episcopado italiano, habéis protestado sentidamente en el pasado contra proyectos semejantes, encaminados a herir la dignidad y la libertad del matrimonio cristiano. Pero ahora, redoblando vuestros esfuerzos para conjurar en la católica Italia esta nueva desventura, habéis renovado vuestras advertencias y autorizadas reclamaciones; y aunque estas no hayan producido hasta ahora otro efecto, ni obtenido otro honor que el de una seca mención, y hayan sido después condenadas a ser archivadas sin lectura y examen, no es por eso menos digna de ser alabada por Nos nuestra obra de haber proclamado la verdad católica a la faz de aquellos mismos que, decididos a seguir a toda costa el camino del error, desdeñan la voz amiga que les llama a la verdad.

Por lo demás, con mucha razón, venerables hermanos, lamentabais como funesta a la Religión y a la moral esa reforma que, después de haber quitado todo valor jurídico al matrimonio cristiana, ataca a su celebración y la pospone con sanción penal a las exigencias de un procedimiento civil. Preciso es desconocer los principios fundamentales del Cristianismo, y hasta las nociones elementales del derecho natural, para afirmar que el matrimonio sea creación del Estado y sólo un vulgar contrato y un consocio social únicamente de derecho civil. La unión conyugal no es obra o invención del hombre. Dios mismo, supremo Autor de la naturaleza, ordenó desde el principio con dicha unión la programación del genero humano y la constitución de la familia, y en la Ley de gracia la ennoblecíó, imprimiéndola el sello divino del Sacramento. De aquí que el matrimonio, por derecho cristiano, en cuanto concierne a la sustancia y santidad del vínculo, es un acto esencialmente sagrado y religioso, cuyo ordenamiento pertenece naturalmente a la potestad religiosa, no por delegación del Estado o consentimiento de los príncipes, sino por mandato del divino Fundador del Cristianismo y Autor de los Sacramentos.

Por lo demás, bien sabéis vosotros, venerables Hermanos, que para cohonestar las instrucciones del poder civil en la legislación cristiana del matrimonio se invoca como exigencia del progreso moderno el concepto de la separación del contrato y el Sacramento, y considerándolo sólo como contrato, se le quiere someter por completo a la jurisdicción del Estado, no dejando a la Iglesia otra intervención que la de dar una bendición ritual. Para acreditar semejante teoría se acude a los Códigos extranjeros, y al ejemplo de tal o cual nación católica en donde el matrimonio se rige por una legislación completamente civil y laical. Pero, diga lo que quieran los juristas no católicos o esclavos de la autocracia del Estado, es lo cierto que la conciencia de los católicos sinceros no puede acoger esa doctrina como base de la legislación cristiana acerca del matrimonio, porque descansa sobre un error dogmático varias veces condenado por la Iglesia, que es el de reducir el Sacramento a una ceremonia extrínseca y a la condición de mero rito; doctrina que subvierte la noción esencial del matrimonio cristiano, en el cual el vínculo nupcial santificado por la Religión se identifica con el Sacramento, y constituye con el inseparablemente un solo sujeto y una sola realidad. Por lo cual, quitar al matrimonio su carácter sagrado en una sociedad cristiana, es tanto como desagradarlo, ofender la fe religiosa de los súbditos y urdir un funesto engaño a sus conciencias, siendo así que el acto civil, sin el Sacramento, no sirve ni puede servir para hacer honestas sus uniones ni hacer felices a las familias.

Ni sirve el ejemplo de aquellas naciones católicas que trabajadas profundamente por fieras luchas y conmociones sociales, se han visto obligadas a soportar una reforma de tal clase, o inspirada por doctrinas e influencias heréticas, o establecida por la prepotencia de los Gobiernos; reforma que, además de ser allí fecunda en amarguísimos frutos, nunca ha estado en pacífica posesión para prescribir, y ha sido constantemente desaprobada por la conciencia de los buenos católicos y el magisterio legítimo de la Iglesia.

Y aquí es oportuno notar cuán injustamente se culpa a la Iglesia de querer ejercer una acción invasora en materia de legislación matrimonial, en daño, como dicen, de las preroga-

tivas del Estado y de la autoridad política. La Iglesia solamente interviene para defender lo que está sometido al derecho divino y le fue confiado inalienablemente; esto es, la santidad del vínculo conyugal y las consecuencias religiosas que le son propias. Nadie disputa al Estado lo que le puede corresponder para ordenar temporalmente el matrimonio al bien común, o regular conforme a la justicia sus efectos civiles. Mas no así cuando, entrando en el santuario de la Religión y de la conciencias se erige en árbitro y reformador de las íntimas consecuencias de un vínculo augusto ordenado por el mismo Dios, y que las potestades seculares, así como no pueden desatarlo ni alterarlo jamás.

Por eso, bien comprendéis, venerables Hermanos, que juicio puede formarse de un Estado católico que, dejando a un lado los santos principios y las sabias disposiciones del derecho cristiano acerca del matrimonio, se empeña en la triste tarea de crear una moralidad nupcial completamente suya, de índole puramente humana, bajo formas y con garantías meramente forenses, y que después, en cuanto puede, la impone por fuerza a la conciencia de sus súbditos, sustituyéndola a la religiosa y sacramental, sin la cual la unión nupcial entre cristianos no puede ser ni lícita, ni honrada, ni estable.

Os confesamos, venerables Hermanos, que no poco Nos aflige el ver que este es el porvenir preparado por los actuales gobernantes a las católica Italia, y que en esta misma Metrópoli del Catolicismo se está ahora madurando tan injusto y despreciado proyecto.

Considerado en sí mismo y en sus consecuencias, ese designio aparece por demás injusto e infausto, ya a la Religión y al sacerdocio, ya a la libertad de conciencia y a la moral pública. En efecto: el Estado, invadiendo audazmente el campo religioso y disponiendo en materia que no le pertenece, sólo tiene en cuenta el Sacramento para limitar su administración y someterle al imperio del Código y a las exigencias de un formalísimo forense. Y hasta del Sacramento hace un título de culpa para castigar al ministro del santuario y a los contrayentes con penas pecuniarias y afflictivas: mira como ilegítima y de ningún valor, aunque bendecida por Dios, la unión sacramental, si no ha sido presidida por la formalidad civil; culpa injustamente a la Iglesia y al clero de lo es natural efecto de las instituciones y convicciones religiosas del pueblo italiano, como la poca frecuencia de la celebración civil y el olvido de los procedimientos legales; y para no decir más, impide a los ministros sagrados, aún cuando el deber se lo impone, el proveer sin dilaciones y oportunamente, en supremas circunstancias y por medio de la celebración sacramental, a la reconciliación de conciencias angustiadas y a la paz y a la hora comprometidas de las familias.

En lo que toca a los súbditos, encadena indebidamente su fe y su libertad religiosa a la imposición de no acudir al Sacramento sino de una manera dependiente el Estado; impone a su conciencia para el consocio matrimonial y la creación de la familia la única moral del Código, que no le justifica ante Dios ni ante la Religión, al par que deja rienda suelta al inmoral concubinato para que pueda impunemente dilatarse y enseñorearse a la sombra del matrimonio civil (como ya lo demuestra la estadística), eludiendo los deberes cristianos y hasta las mismas prescripciones del Código. ¡Qué inmenso peligro el de dar a hombres falaces una arma legal para traicionar la conciencia de doncellas timoratas y de padres honrados, negándose a celebrar el matrimonio religioso después de cumplido el acto civil!

De lo cual, venerables Hermanos, surge naturalmente la duda de si la actual reforma contra el matrimonio religioso ha sido dictada, no por una idea de orden o rectitud social, sino por el propósito de amontonar nuevas tribulaciones sobre la Iglesia y el clero, y de aumentar los incentivos para la perversión del pueblo italiano. Y la duda toma tanto mayor consistencia, cuanto se observa que la citada reforma impone la pena mayor al ministro sagrado que no es el transgresor principal, dejando a los que lo son un término para aludir la acción penal, temiendo que tampoco se concede al sacerdote; además de que se prueba también lo mismo por los torpes comentarios e impías declaraciones con las cuales, lastimando e hiriendo todo corazón católico, se pretende justificar para con el público la misma reforma.

Porque se ha osado decir sin ambages que la moral social no es la moral religiosa, y que el legislador civil no tiene que ocuparse de esta moral; que el Estado no es un guardián de los Sacramentos, y que puede castigar el uso de ellos para sostener sus intenciones; que la reforma actual es una represalia contra la Iglesia, que condena como inicuas las leyes que desconocen el carácter religioso del Sacramento; que, en fin, el sacramento del Matrimonio es una unión simulada y un concubinato que ofenden las leyes sociales. ¡Ya veis, venerables Hermanos, por semejantes manifestaciones, que principios han inspirado y a que fines tiende la propuesta reforma!

Pidamos, pues, de lo íntimo del corazón al Altísimo que nos libre de la angustia de ver derramada en la viña evangélica esta nueva semilla que sólo puede traer frutos perniciosos

para la fe y para la moral pública y doméstica, siendo además motivo de nuevas ofensas, violencias y daños para los ministros sagrados. Y en tanto, no desistamos, venerables Hermanos, de prevenir a los fieles, por medio de oportunas exhortaciones fundadas en la gran verdad católica, que el origen y santificación del matrimonio está en Dios; y que, fuera de la forma matrimonial por Dios y por la Iglesia establecida, no existen, ni la honestidad y santidad el vínculo, ni la gracia del Sacramento.

Y en cuanto a desmentir las especiosas acusaciones que se lanzan contra la Iglesia y el clero, presentándolos como sistemáticamente hostiles a aquel ordenamiento que regula el matrimonio en sus relaciones civiles, sólo tenemos que recordar las sabías instrucciones con que la misma Iglesia, una vez puestas a cubierto la integridad del dogma y la dignidad del Sacramento, deja que los fieles, enfrente de la legislación civil, gocen de las ventajas sociales que de ella se derivan.

Y bien conocéis, venerables Hermanos, estas instrucciones, que emanan de muchísimos actos de la Sede Apostólica, y señaladamente del Breve de Benedicto XIV a los Obispos de Holanda, *Reddiae sunt*, de 17 de Mayo de 1746; del Breve de Pío V al Obispo de Lucon, del 28 de Mayo de 1793; de la Encíclica de Pío VII al Episcopado francés, del 17 de Febrero de 1809, y en nuestros días de la general instrucción de la Sagrada Penitenciaría a los Obispos de Italia, del 15 de Enero de 1868.

Cuando os hemos expuesto, venerables Hermanos, podría ciertamente iluminar la mente y conjurar el temido peligro. Empero, si contra ello la maldad de los hombres nos obligan a ver, con esta y otras perniciosas reformas, más y más comprometido el Sacramento, Nos con vosotros no dejarán de experimentar honda pena; mas del invicto ejemplo de los Apóstoles y de nuestros Predecesores sacaremos reglas para resguardar por siempre jamás, según el mandamiento divino, la santa causa del matrimonio cristiano y la salud espiritual de los fieles.

En tanto, como prenda de nuestra paternal benevolencia; a vosotros, venerables Hermanos, y a todo el clero y pueblo que os está confiado, os concedemos con efusión de corazón la bendición apostólica.

Dada en Roma, en el Vaticano, día de Pentecostés. 1º de Junio de 1879.

LEÓN PAPA XIII.

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERES DE JESÚS.

Hemos recibido de una animosa teresiana la descripción de la magnífica fiesta que a nuestra gran Santa hicieron el 1º de Mayo en uno de los pueblos de esta diócesis, sintiendo que la abundancia de materiales nos impida trasladarla íntegra.

En ocasión de hacer la primera Comunión algunas jovencitas, ingresaron en la Archicofradía teresiana, celebrándose acto consolador para los ángeles y para los hombres, con toda la pompa y entusiasmo de que son capaces los corazones enamorados de Jesús y su Teresa.

Previamente el altar adornado con más gusto aún que en las funciones propias del perfumado Mayo, se distribuyó la sagrada Comunión por el dignísimo señor Cura, después de haberse lavado en el sacramento de la Penitencia, a un gran número de doncellas, unas teresianas ya, y otras que días se les iban a unir con dulce lazo de Teresa de Jesús. La Misa fue acompañada con órgano y fervorines, llenando Jesús y su Teresa de desconocidos y santo placer aquellas angélicas criaturas, cuyo corazón había aceptado por sagrario el dulce Jesús.

Por la tarde, añadido a las funciones propias del domingo 1º de Mayo, se hizo la función en el altar de la Santa, donde se hizo el cuarto de hora de oración y otras cosas análogas a estos actos, el himno ¡*Gloría, gloria!* Fue acompañado con armonium por una teresiana, y cantado con bastante destreza por el famoso coro de cantora. Se terminaron las puras emociones de este día con la imposición del santo escapulario a algunas jóvenes aspirantes, y todavía no satisfechos estos ardorosos corazones, el lunes siguiente hicieron celebrar otra Misa en acción de gracias a su seráfica y amada Madre por haberse dignado admitirlas por hijas.

Jesús y su Teresa bendigan y rieguen semillas tan preciosas, y den frutos óptimos en tan animosas jóvenes, para que se ocupen de hoy y más en dar gloria a Jesús y a su Teresa.

Bisbal de Falset.- Se ha establecido la Archicofradía en este religioso pueblo, donde ha de dar opimos frutos de santificación para las almas.

Cella (Teruel).- Cuenta ya este pueblo la Congregación de jóvenes católicas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús, y atendido el entusiasmo que desde los primeros momentos ha logrado dispersar la Santa de nuestro corazón, y el celo que despliega su digno Director, ha de ser una de las poblaciones que más gracias ha de alcanzar del cielo por medio de la Archicofradía.

CRONICA NACIONAL.

El miércoles día 4 el excelentísimo señor Obispo de Barcelona, después de celebrar la santa Misa en la capilla del palacio, vistió el palio el excelentísimo señor Arzobispo e Tarragona. Este, según noticias, estuvo a visitar el santuario de la Virgen de Montserrat, y después de estar en Vich y permanecer unos días en su pueblo natal, hará su solemne entrada en Tarragona el 26 de Junio habiéndose señalado el día 6 de Julio para la consagración del nuevo señor Obispo de Tortosa, Dr. D. Francisco Aznar.

— El viernes día 30 de Mayo se cometió un robo sacrílego en la parroquial iglesia de Santa Ana de Barcelona. Entre los objetos robados se llevaron los sacrílegos ladrones el copón de plata que encerraba las sagradas formas, esparciendo éstas por el suelo. (Bendito mil veces sea el Santísimo Sacramento). El señor Obispo dispuso que en señal del dolor que sentía la Iglesia por tan espantoso sacrilegio, quedará cerrada la dicha iglesia al culto público por ocho días. El viernes 6 de Junio, con el fin de desagrar a Dios tan vilmente ofendido, el señor Obispo llevó a Su Divina Majestad en procesión solemne, desde la Catedral a la iglesia de Santa Ana. Asistieron a este acto muchas corporaciones religiosas, los párrocos y clero de todas las parroquias, el clero y Cabildo catedral, una comisión del Excmo. Ayuntamiento y gran número de fieles. Llegados a la iglesia se celebró función solemnisima, en la que oficio de pontifical el excelentísimo señor Obispo, ando una prueba los católicos barceloneses de la pena que les había causado tan sacrílego robo.

París: en casa de Lethielleux

— A petición de la Academia española, se ha concedido la gran cruz de Isabel la Católica al señor Obispo de Salamanca.

— El Rdo. D. Juan Torres, cura párroco de Santa María del Mar de Barcelona, bautizó en la dicha iglesia a un caballero escocés, de edad 52 años, y a sus hijos, un joven de 22 años una señorita de 18, los cuales hicieron previamente la abjuración de los errores y doctrinas protestantes que profesaban.

— En Onda (Castellón) se está trabajando para rehabilitar el convento de los Padres Carmelita descalzos.

— Pronto los Padres Benedictinos ocuparán el antiquísimo e ilustre monasterio de Samos. En él se educó el rey Alfonso el Casto y recibió él habito el célebre P. Feijóo.

CRONICA EXTRANJERA.

La revolución sigue su curso en la desventurada nación francesa. La elección de Blanqui y de otros que, como él, están sufriendo condenas que les inhabilitan, legalmente para ser dispensados, pone en grave conflicto al gobierno, demostrándoles que es preciso ya traspasar los límites que había creído bastantes para contener la ola revolucionaria. La suspensión de las sesiones en el Parlamento han dado un respiro a los ministros; pero la que habrán de sostener en abriéndose de nuevo las Cortes, será recia y larga; larga si el Ministerio no sucumbe a las primeras acometidas del contrario. El mismo Grévy, si es cierto que no quiere ir más adelante, está amenazado de caer de la presidencia de la república, el mismo Grévy, si es

cierto que no quiere ir más adelante, está amenazado de caer de la presidencia de la república. Acaso cuando caiga, Gambetta parezca demasiado moderado para sucederle.

La cuestión que preocupa a los católicos, y a la cual consagran toda su actividad, es la cuestión de enseñanza y de las Órdenes religiosas dedicadas a ella. La protesta contra las leyes de Mr. Ferry se ha hecho general, a pesar de las amenazas del Gobierno y de las dificultades que oponen las autoridades locales a la firma y circulación de las exposiciones. No sólo los Obispos y católicos de nombre distinguido acuden en contra de aquellos proyectos, sino todas las clases sociales. Los Consejos generales de los departamentos han manifestado indirectamente al ministro Ferry las antipatías que se ha creado con sus insensatos e impíos proyectos. Sentimos no poder, por falta de espacio, transcribir siquiera algunos párrafos e los documentos llenos de fe y de razón con que llenan sus columnas los periódicos católicos franceses.

— En el pasado Mayo fue recibida por Su Santidad una peregrinación de católicos franceses que por octava vez se postraban a sus pies. Componían la peregrinación de Congreso general de peregrinaciones residentes París, los diputados de los conflictos erigidos en distintos departamentos, y algunos centenares de eclesiásticos y de católicos de ambos sexos. El presidente de la peregrinación, señor Vizconde de Damasco, leyó en nombre de los peregrinos un muy sentido mensaje, al que contestó afectuosamente el Padre Santo.

— En el Consistorio celebrado en Roma en el mes próximo pasado fueron creados Cardenales por el Papa los Prelados siguientes:

Del Orden de Presbíteros: Mons. Federico de Furstemberg, arzobispo de Olnutz, nació en Viena en 1812; - Mons. Deprez, arzobispo de Tolosa de Francia, nació en 1807; - Mons. Haynald, arzobispo de Colocza, nacido en 1816; -Mons. Pie, Obispo de Poitiers, nació en 1815; monseñor Silva, obispo de Oporto, nació en 1829, - y Mons. Alimonda, obispo de Albenga, nacido en 1818.

Del Orden de Diáconos: Mons. Pecci, hermano de Su Santidad, bibliotecario del Vaticano; - Mons. Hergenrother, Prelado doméstico de Papa; Rmo. P. Newman, de Congregación del Oratorio en Birmingham,- y el Rmo. P. Zigliara, de la Orden de santo Domingo, de edad cuarenta y cinco años.

Además fueron preconizados veintidós obispos, entre ellos el doctor Mac.Cabe, para la sede arzobispal de Dublín, y el Dr. Woodlock, para la de Ardagh.

— En Ortona se inauguró bajo la presidencia de Mons. Petraca, arzobispo de Laciano, el Congreso regional católico de los tres Abruzos.

— Durante los últimos meses se han abierto tres nuevas iglesias católicas en Inglaterra: una en Leeds, otra en Brighton y otra en Londres.

— Los católicos de Lombardía han hecho una magnífica peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Caravaggio, en Cremona, proyectada en el último Congreso católico de Bérgamo. Pueblos enteros hicieron el camino a pie. El número de comuniones fue grandísimo. En la peregrinación tomaron parte el Arzobispo de Milán y otros Prelados. Unos malvados quisieron turbar la imponente manifestación religiosa regalando al santuario seis grandes cirios que contenían materias explosivas; pero descubierta a tiempo la superchería, no hubo que lamentar desgracia alguna. La indignación que produjo este suceso acrecentó el fervor religioso de la peregrinación.

— El mismo día en que se celebró la peregrinación en Lombardía, los católicos piamonteses celebraron otra al santuario de la Virgen de Mondovi.

— En una conferencia celebrada por la Universidad protestante de Cambridge, en Inglaterra, se aprobó recientemente la siguiente proposición: “La supresión de los monasterios, ordenada por Enrique VIII, fue una cruel desventura para el país; y las actuales circunstancias exigen imperiosamente que se restablezcan instituciones análogas en medió de nosotros.”

— Entre las muchas y excelentes obras que los católicos de París llevan a cabo todos los días figura la erección de un grandioso hospital, para el cual se han recaudado ya muchos

miles de francos y en el que han de observarse rigurosamente las prescripciones de nuestra santa Religión.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de Junio.

MÁXIMA.- Ya toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

VIRTUD.- Total entrega de sí mismo al Corazón de Jesús.

REFLEXIÓN.- Estudia, alma amiga del Corazón divinísimo de Jesús, estudia las grandezas y las bondades de este mismo Corazón, el más grande y hermoso de los corazones de los hombres. Él es la morada del eterno Dios, el templo de la Divinidad, el centro de sus delicias... Este Corazón sagrado es el arca en la que el Eterno Padre encierra sus tesoros, el Hijo divino sus misericordias, el Espíritu Santo su amor: por esto así como es en el cielo para los Santos su felicidad, su alegría, su premio, es para ti, triste viajero en este valle de lágrimas, tu descanso, tu apoyo, tu amparo... Es el Corazón de tu mejor amigo: en Él nada de hipocresía, nada de traición... ¡Cuántas veces los que en el mundo se llamaban tus más fieles amigos te han abandonado en tus desgracias, y se han retirado en el tiempo de tu tribulación! ¡Falsos amigos los que da el mundo! El amor de la criatura es falaz y mudable; caerá infaliblemente el que se apoya... Mas no así el que se apoya en el Corazón divinísimo de Jesús. Es el Corazón más generoso, no consiste que se le gane en generosidad; por esto se da todo al que le ama, al que feliz lo toma por amigo. ¡Ah! Grande honra, grande gloria, grande dicha es amar a Corazón tan bondadoso. Pero atiende que Él quiere ser amado sobre toda criatura. Él pide amor por amor, corazón por corazón, *Hijo mío, dame tu corazón*. ¿Qué te detiene, alma mía? ¿Por qué no te das aún? Él ha usado contigo de misericordia sobre toda esperanza; de ti se ha acordado aún después de su muerte, y sobre todo merecimiento te ha dado su gracia y amistad... ¡Ah! Aquí me tienes, Corazón de mi Dios; vencido estoy, herido por el dardo de tu amor, atado con las redes de tu ternura, preso con las cadenas de tu bondad. Verdaderamente eres tú el Corazón de mi Señor, y yo un miserable siervo tuyo. Servirte debo con todas mis fuerzas y jamás cansarme de alabarte: así lo quiero, así lo deseo, y lo que me falta dignate Tú, Corazón divinísimo, suplirlo.

PRÁCTICA.- Estudiar las bondades del Corazón de Jesús, entrar repetidas veces dentro de Él, hacer muchos actos de ofrecimiento, lo menos cincuenta cada día. Vuestro soy, para Vos nació, ¿qué mandáis, Señor, de mí?

INTENCIONES

El triunfo de la Iglesia, la libertad de León XII y la prosperidad de España.- El Exmo. Sr. Arzobispo de Tarragona y Obispo de Tortosa, y todos los Prelados españoles.- La obra del Catecismo.- Misioneros teresianos.- La Compañía de santa Teresa de Jesús.- La Archicofradía y Rebañito.- La restauración perfecta de las Ordenes maniáticas.- Francia, Bélgica y Alemania.- Las Américas.- La educación y enseñanza católica de la niñez y juventud.- Las obras de celo del corazón de Jesús.- Un asunto de la mayor importancia a la gloria de Jesús y su Teresa.- Dos fundaciones de nuevas residencias.

LA ESPAÑA DE SANTA TERES DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LISMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

- A. B. Un devoto de la Seráfica Doctora..... 4 rs.
A. Por el que llamó Serafín del Carmelo a la gran Teresa..... 2 rs.

F. T. R. Teresa, alanza del Corazón de Jesús lo que tanto te pedimos. 3 rs

Total..... 222 rs.